

El Pensamiento Social de Santo Tomás de Aquino

Por Fernando Uribe Restrepo

El 7 de marzo de 1274, hace hoy 700 años, entregó su alma al Señor Santo Tomás de Aquino, cuando aún no había cumplido 50 de edad, en el Monasterio cisterciense de Santa María de Fossa-Nova. Siete siglos después su espíritu y su pensamiento tienen plena vigencia e inusitada actualidad, en todo cuanto hoy tiene de elevado, de profundo o de humano la cultura universal; especialmente en el amplio y complejo panorama de las ciencias sociales, en donde se reflejan hoy más directamente las frustraciones y angustias de la humanidad.

La figura del santo y del sabio despierta a primera vista dos prejuicios en su contra, aparentemente justificados: que fue hombre religioso y devoto, católico a toda costa, y que por lo tanto su pensamiento está comprometido, limitado y parcializado, necesariamente. Otros más sagaces están dispuestos a aceptar que Tomás de Aquino fue

NOTA. — “En el séptimo centenario de la muerte de Santo Tomás de Aquino, el Consejo Directivo de la U.P.B. como máxima directiva y en su nombre rinde homenaje de admiración y veneración a la grandeza de la misión del santo doctor, a la excelcitud y profundidad de su pensamiento, a la perfección de su vida; afirma su voluntad de indagar y profundizar en los grandes temas que inspiraron su obra y cuyos estudios anticiparon desde su época respuesta luminosa a muchas inquietudes y angustias del mundo moderno y continúan siendo campo propicio de amplia reflexión teológica, filosófica, política y científica; adhiere a su amor por la verdad, la justicia y la libertad y a la doctrina de Cristo de la que fue ejemplar discípulo y se acoge una vez más a su auspicio como luminaria del saber y la cultura y de la vida cristiana. Dispone, asimismo, que con ocasión de tan señalada efemérides las unidades académicas de la Universidad celebren actos especiales dentro de los cuales se traten temas sobre la vida y la obra del santo”. En cumplimiento de este Comunicado y como uno de los actos centrales de la conmemoración el Doctor Uribe Restrepo, destacado abogado bolivariano y profesor eminente, pronunció el discurso que aquí incluimos.

un verdadero sabio y que su auténtico catolicismo confirma la universalidad de su pensamiento, en lugar de limitarla; pero se incurre también en otro prejuicio de carácter pseudo-científico cuando se supone que es un autor desueto, superado, digno de alguna consideración sólo en cuanto figura histórica.

Claro que Tomás de Aquino fue monje y santo, debidamente canonizado por la Iglesia católica y que ésta lo tiene como a su más grande teólogo. Pero Tomás de Aquino es un valor universal pues logró sintetizar y revitalizar toda la sabiduría humana acumulada hasta el siglo XIII, incluyendo por supuesto la sabiduría griega, en un panorama tan amplio que aún los modernos filósofos orientales del Japón y de la India encuentran que el Tomismo es para ellos lo más atrayente y comprensible de la llamada cultura occidental (1).

Ambientes académicos. — Tomás de Aquino ha sido víctima del prejuicio religioso pero únicamente en círculos de proselitistas fanáticos, generalmente mal informados. En ambientes académicos serios, así sean católicos y aún anticatólicos Tomás de Aquino sigue mereciendo un edificante y significativo respeto.

El Padre Félix Henao Botero, nuestro Rector Magnífico, pronunció en 1931 una magnífica conferencia sobre el Doctor de Aquino. Con justificada y profunda satisfacción recordaba entonces el Padre Henao Botero los expresivos y autorizados elogios que, en ese entonces recientemente, había merecido el Tomismo de fuentes no católicas: de los neohegelianos Benedetto Croce y Guido de Ruggiero; del polifacético Bernard Shaw y del metafísico Saita (2).

Hoy, 43 años después, cuando parece consolidarse definitivamente el renacimiento Tomista del siglo XX, se multiplican los más valiosos y francos elogios al Doctor de Aquino de parte de pensadores no católicos.

Convence y emociona, especialmente, la emoción de los intelectuales anglosajones, de suyo tan fríos y pragmáticos, cuando se refieren a Santo Tomás de Aquino. Ni siquiera Santo le dicen, pero lo canonizan con su honesta y lúcida admiración. Su biografía escrita por la pluma maestra de G. K. Chesterton encierra una ferviente exultación que la flema inglesa no alcanza a disimular. Y Bertrand Russell, como viejo y buen "schollar", acepta que el Tomismo tiene hoy una pasión tan prominente que sólo se la puede comparar en este sentido con el materialismo dialéctico, al paso que reconoce en Santo Tomás "claridad e imparcialidad" para referirse a opiniones antagónicas, y lo califica como "perfecto e inteligente" seguidor de Aristóteles (3).

1) — *Jacques Maritain*: "El Doctor Angélico". Ediciones Desclee, Buenos Aires, 1942. Págs. 67 y 68.

2) — *Félix Henao Botero*, Pbro.: "El Doctor de Aquino". Tipografía "La Defensa", Medellín, 1931.

3) — *Bertrand Russell*: "La Sabiduría de Occidente". Aguilar S. A., Madrid, 1971. Págs. 156 y 157.

La universalidad y la actualidad de Tomás de Aquino, que son apenas lógicas si tenemos en cuenta las cualidades intrínsecas del pensamiento aristotélico-tomista, pueden entenderse mejor si consideramos las características históricas de su figura humana.

Nobleza longobarda. — Tomás de Aquino nació entre 1224 y 1225 en el castillo de Roca Seca, cerca a Nápoles. Su padre pertenecía a la nobleza longobarda; su abuela parterna era hermana de Francisco Barba Roja; su madre descendía de jefes normandos. Fue un hombre de su siglo, a no dudarlo, pero debemos tener muy en cuenta que el siglo XIII presenció el surgimiento de las universidades, dividió en dos períodos la Edad Media y fue siglo de renacimiento y de reforma con Francisco de Asís y Tomás de Aquino, tan importante como el Renacimiento y la Reforma que siglos más adelante han de monopolizar abusivamente estos términos peyorativos, para mejor lucir ante la historia (4).

Tomás de Aquino fue el hombre síntesis en un siglo clave. "Reunía en su complexión maravillosamente armónica —dice Maritain—, las dotes de los hombres del norte y de los hombres del mediodía, de los normandos y los lombardos, así como en su misión de doctor integró la Italia de los Papas, la Alemania de Alberto Magno, la Francia de San Luis y la universidad de París, así como a la herencia de los Padres y de la sabiduría cristiana juntó los tesoros de los griegos y latinos, árabes y judíos, en una palabra el aporte completo del mundo entonces conocido" (5).

Ejemplar humano. — Existencialmente fue Tomás de Aquino un soberbio ejemplar humano. Alto, corpulento y airoso, lucía la hermosa robustez morena italiana en un físico que es objeto de burla para sus más mezquinos detractores, pero que fue objeto de admiración y de respeto para quienes tuvieron el privilegio de conocerlo. Viajó mucho, siempre como estudiante o como profesor, y vivió en el epicentro de la vida social, política y cultural de su tiempo.

Era eximio poeta, de refinada y honda sensibilidad, pero sus afanes y angustias de gran contemplativo práctico lo limitaron a utilizar esas dotes en beneficio de una exacta, precisa y armoniosa expresión de su torrente de pensamiento, denso y sutil. Por todo ello Tomás de Aquino fue persona capaz de iniciar ese gran movimiento de expansión espiritual, "siempre moviéndose hacia una luz más clara y hacia una libertad más amplia", lo cual lo constituye en "uno de los grandes libertadores del entendimiento humano" (6).

4) — M. D. Chenu: "Tomás de Aquino". Colección: "Los Hombres de la Historia", Centro Editor de América Latina S. A., 1969. Págs. 147 y 149.

5) — Jacques Maritain, op. cit., pág. 61.

6) — G. K. Chesterton: "Santo Tomás de Aquino". Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1938.

La personalidad de Tomás de Aquino y su coyuntura histórica hacen plausible el éxito del Tomismo en esta segunda mitad del siglo XX, pero no lo explica. Esta sorprendente actualidad obedece en realidad y en el fondo a las mismas razones que han permitido hablar de una "filosofía perenne".

En efecto, el pensamiento Tomista es por definición una filosofía del ser, de la razón, de la inteligencia. Es la filosofía del sentido común entendido éste "como la intelección de los primeros principios y de las primeras certezas racionales que, como dotes espontáneas de la naturaleza, siguen al ejercicio natural de la razón" (7).

Santo Tomás es hoy novedoso porque nunca buscó la novedad, obsesionado como vivía por la verdad. Su ontología y su filosofía de la naturaleza concuerdan muy bien con la física nuclear moderna, con la termodinámica y la electrónica, que vienen descubriendo, con asombro, una materia prima impregnada de forma sustancial. Y esto gracias a sabios que como Einstein ostentan nuevamente las virtudes aristotélicas, complementarias de la inteligencia, perdidas durante siglos: la magnanimidad y la humildad.

La psicología racional o sea la antropología filosófica aristotélico-tomista, revive y se actualiza, en forma que apenas se está empezando a entender, en el brillante y sugestivo pensamiento de Theillard de Chardin. En fin, el mismo instinto de conservación del género humano, en este siglo cuyos inicios se caracterizaron por una comprobada y profunda "decadencia de la sabiduría", concurre a explicar el renacimiento tomista (8).

Las ciencias empíricas que se basan en la precisión y agudeza de los sentidos; las ciencias formales que la razón construye y reconstruye, casi a su amañó; las ciencias prácticas que dependen de una determinada técnica o arte, son obviamente disciplinas que progresan por acumulación, cuando no por sustitución, quedando un permanente rezago de hipótesis y teorías, brillantes un día pero luego definitivamente abandonadas.

La filosofía auténtica, en cambio, que procura llegar al fondo último del ser, que se enfrenta al "misterio", en la metafísica y en la teología, es una disciplina que progresa en profundidad, por ahondamiento, y que por lo tanto no puede estar acumulando pequeñas verdades fragmentarias ni jugando con teorías inciertas. Por eso mismo es apenas lógico que las ciencias naturales, las matemáticas y las ciencias aplicadas progresen destruyéndose a sí mismas, de suerte que sus principios de hace diez o veinte años tienen porque estar ya varias veces superados. Por eso mismo, también, la filosofía verdadera que no tenga al menos siete siglos sería sospechosa de novelaría o de esnobismo, en el caso de que en ella no se capten, se ahonden y profun-

7) — *Jacques Maritain*, op. cit., pág. 137.

8) — *Ver Gabriel Marcel*: "Decadencia de la Sabiduría". Emecé Editores S. A., Buenos Aires, 1955.

dicen intuiciones y destellos de la sabiduría milenaria de la humanidad (9).

La filosofía social tiene su fundamento en la naturaleza humana, noción inmutable mientras el hombre sea humano. Sus principios son válidos y fecundos siempre que se apoyen en la realidad metafísica y en un concepto integral del hombre y del mundo.

Virtualidades lógicas. — La cosmovisión cristiana, que el Tomismo ilustra, coloca con firmeza al ser humano en el sitio que le corresponde en el cosmos y le permite entenderse a sí mismo y realizarse en asocio de los demás y en armonía con el universo. Es una concepción que contiene virtualidades lógicas y vitales para atender a las inquietudes, angustias, problemas y enigmas que atormentan al hombre. Este humanismo integral y universalista explica científicamente la verdad intuída por los poetas y que el inglés Francis Thomson expresa así:

“Todas las cosas por un poder inmortal
cercano o lejano,
ocultamente
una a la otra tan unidas están,
que es imposible tocar una flor
sin que se estremezca una estrella”.

De este modo la filosofía aristotélico-tomista supera hoy claramente, gracias a los atractivos de la verdad y de la belleza, a las concepciones distintas que se ofrecen como alternativas al hombre pensante y afectivo de fines del siglo XX. El culto a la materia endiosada, a nivel cósmico en el marxismo o a nivel particular en los individualismos, destruye la dignidad espiritual de la persona humana, crea división, fomenta el odio y coloca al hombre en una cruel encrucijada frente a la cual “no tiene más remedio que adorarse a sí mismo o suicidarse” (10).

Cambios profundos. — El ambiente general en el mundo en estos últimos años del siglo XX también contribuye a explicar la actualidad del Tomismo. Es de consentimiento universal que vivimos una época de cambios profundos, de hecho unos, necesarios otros. Ahora bien: la metafísica de Aristóteles y Santo Tomás es la que mejor ha explicado los fenómenos de movimiento y mutación; quienes hoy quieran profundizar en el tema del cambio social encontrarán allí la mejor base y orientación filosófica para imprimirle al cambio consistencia, sentido y finalidad.

Pero aún más importantes resulta considerar cómo la teoría social cristiana propicia y exige profundos cambios de estructura y de

9) — Jacques Maritain: “Siete Lecciones sobre el Ser y los Primeros Principios de la Razón Especulativa”. Ed. Desclee, Buenos Aires, 1943. Págs. 20 ss.

10) — Jacques Maritain: “El Doctor Angélico”, pág. 57.

mentalidad en los aspectos básicos de la vida social. La plena realización social del cristianismo es algo que apenas sí se ha intentado de manera bien tímida y parcial, hasta el punto de que puede afirmarse que constituye aún una utopía en el sentido exacto del término.

Hay quienes acusan hoy al Tomismo de ser una teoría oligárquica en la cual buscan seguridad quienes están criminalmente interesados en mantener el **status quo**.

“Es absurdo —escribe Maritain— considerar al Tomismo como reacción defensiva de la sociedad burguesa de nuestros tiempos, cuyos principios supremos, por lo demás, son harto opuestos a los principios de Santo Tomás”. Otra cosa es que existan “estabilidades, no de inercia sino de vida... la inmutabilidad de lo adquirido por la sabiduría, no está en el tiempo sino sobre él, y, lejos de paralizar la historia, acelera su curso... Acaso los cristianos no suplican al Espíritu Santo que renueve la faz de la tierra?” se pregunta el Campesino del Garona (11).

Innovador y rebelde. — Tomás de Aquino fue también históricamente innovador y rebelde en aras siempre de la verdad. Sus planteamientos fueron verdaderamente revolucionarios (Aristóteles estuvo prohibido largos años) y su misma ortodoxia fue puesta en tela de juicio hasta cincuenta años después de su muerte por los teólogos de París y de Oxford, sus principales contendores.

La humanidad en este siglo ha sido víctima de permanentes guerras cruentas y, además, allí en donde se conservan apariencias de paz han reinado inmisericordemente el egoísmo y el odio. Con toda razón las nuevas generaciones reclaman una paz verdadera basada en el amor. No es extraño entonces que se vuelvan los ojos hacia Tomás de Aquino para quien la justicia y la paz, en el hombre y entre los hombres, son obra directa de la caridad (**Opus caritatis**), cuyo orden describe en la segunda parte de la Suma Teológica, “pues el amor es fuerza unitiva y causa eficiente de la unidad”.

Por todas estas razones el Tomismo del siglo XX está llamado a presidir, arquitectónicamente, la reestructuración de las ciencias sociales particulares según las exigencias modernas.

Principios sobre antropología filosófica. — Es evidente que lo más valioso del aporte Tomista a las ciencias sociales se encuentra en sus principios sobre antropología filosófica, ontología social y filosofía práctica (ética y derecho), que vienen a llenar el profundo vacío ideológico y científico que dejó el positivismo del siglo XIX, ambiente estrecho y contaminado en el que tuvieron que desarrollarse las ciencias sociales particulares y en especial la naciente sociología.

Augusto Comte, quien murió sin haber sido como él quería Pontífice Máximo de su nueva Religión de la Humanidad, tuvo el embeleco de fundar una física social, complementaria de las ciencias de

11) — *Jacques Maritain: op. cit., págs. 18 a 22.*

la naturaleza, a la que dio en llamar sociología. Bautismo espurio de tan noble ciencia que explica en buena parte los "achaques y manías" que agobian a la sociología moderna y ciencias afines según los describe magistralmente Pitirim Sorokin; amnesia o complejo de descubridor, jerga obtusa y argot fingidamente científico, operativismo ilusorio, testomanía, cuantofrenia, atomismo, etc. (12).

Bajo la inspiración tomista la sociología ha podido reivindicarse y reestructurarse científicamente, como conocimiento cierto, causal y general, y como ciencia práctica con una base especulativa, pura, con derivaciones aplicadas y de todos modos como ciencia real y moral.

Unión del cuerpo y el alma. — La ciencia social tomista se funda en un concepto claro, integral y realista del hombre. El es unión de alma y cuerpo: no es solo barro pensante como lo enseña el materialismo ni tampoco es espíritu puro. El hombre es racional y por eso su conducta no obedece únicamente a las leyes del mundo físico; es además libre, dueño de sus actos al menos en circunstancias normales y no siempre está sometido a fuerzas fatales, determinantes y necesarias. La persona humana, sustancia completa de esencia espiritual, autónoma (contra el totalitarismo) pero al mismo tiempo insuficiente (contra el individualismo liberal), es lo más perfecto de la naturaleza (contra el colectivismo). Las personas son iguales por naturaleza, buscan un fin común y por lo tanto tienen unos mismos derechos fundamentales, pero son desiguales en la realidad y entonces unos merecen más que otros, y a unos se les exige más que a otros.

A esta noción antropológica agrega el Tomismo su ontología social. La sociedad, desde el punto de vista especulativo, no es unión mecánica ni biológica: es "unidad de relación de muchos hombres que se constituye sobre la interacción recíproca con contenido intencional común". Pero lo social implica también una relación trascendental, que es base de la ética social. Esta relación precede al orden fáctico y reside en el orden de la naturaleza, que en el hombre es naturaleza social. La relación social trascendental, objeto de la ética, es la "unidad de relación de muchos hombres respecto de un bien común, ordenado moralmente a todos los miembros". Es ésta la interpretación Tomista de la sociedad, como realidad comunitaria pero personalizante, a diferencia tanto del individualismo, que niega la realidad social, como del colectivismo que subestima a la persona, cosifica el cuerpo social y endiosa al Estado.

Sociedades menores. — El individuo, por otra parte, no está sólo frente al Estado. Integra sociedades menores pero no menos importantes, como la familia, las cuales tienen fuero propio que debe ser respetado y que conviene respetar en un orden social, jerarquizado y eficaz, pero humano y vital.

12) — Pitirim A. Sorokin: "Achaques y Manías de la Sociología Moderna y Ciencias Afines". Aguilar S. A., Madrid, 1957.

Estas bases ontológicas le permiten al Tomismo captar la esencia misma del deber-ser, ético o jurídico. Es un deber-ser que, como es lógico, tiene base en el ser que lucha por realizarse, por perfeccionarse, por acceder a los bienes que le son connaturales y propios, o que simplemente le convienen. No es un deber-ser impuesto despóticamente a título de imperativo categórico como lo pretendía Kant. El hombre es perfectible y busca el bien: el bien propio y el ajeno, el bien individual y el social; el bien particular y el bien común.

El derecho y la justicia adquieren así su propia y trascendente dimensión: el mundo jurídico no se agota en la consideración de la norma válida, como sostiene el formalismo; tampoco puede contentarse con el estudio de la norma eficaz o aceptada como lo quiere el sociologismo positivista. Su verdadera misión es la de diseñar la norma justa y legítima. Debe atenderse para ello al derecho natural que es la ley propia de la persona humana, moral y social, y no ley de la naturaleza física como lo plantean los jus-naturalistas de la escuela positivista. El derecho natural, por lo mismo, es tan inmutable como la naturaleza humana, pero tan variable como la vida y tan flexible como la realidad.

Este esquema tomista de la filosofía práctica —ciencia del objeto operable— que sirve para explicar los problemas básicos de la ética social, del derecho y de la política, tiene su base y su culminación en el concepto maestro del bien común, que es la razón de ser de la unión social, la medida de la justicia y la única justificación de la autoridad.

El orden del bien común implica una participación desigual —absolutamente hablando— de cada uno de los miembros en los frutos de la cooperación social. O, lo que es lo mismo, implica una igualdad relativa. Igualdad, porque todos los hombres tienen una misma naturaleza y unos fines comunes; y además porque el bien común exige la participación de todos y cada uno, y debe actualizarse también en todos. Pero esta participación es igual sólo relativamente ya que las circunstancias personales de cada uno son distintas y de ellas depende la contribución y el aprovechamiento en el bien común. Una igualdad completa o absoluta con respecto al bien común no es deseable ni posible.

El bien común tiene fuerza de norma general que a todos obliga, ética y jurídicamente, y que a todos debe beneficiar pues de él depende que cada hombre pueda desarrollar su verdadero ser, ora dándose, ora recibiendo. Es un bien que sólo puede decirse que existe en cuanto se actualice o encarne en los individuos, aquí y ahora (*hic et nunc*). Es ésta una noción vital y dinámica que entre otras cosas sirve para distinguir y calibrar las nociones de progreso, desarrollo y crecimiento económico, que tanto suelen confundir a los economistas.

Pero el mundo práctico del bien y de la justicia, en cuanto se refiere a la conducta humana real y concreta, bien sea del gobernante o del gobernado, del sabio o del ignorante, del rico o del pobre, tiene otra base o culminación operativa —funcional se diría ahora—. Es nada menos que la virtud de la prudencia “en la cual la inteligencia se hace discípula del amor” según definición del propio Santo Tomás.

Pensamiento social. — Imposible presentar completo en esta ocasión así sea un apretado resumen de ideas básicas en el pensamiento social de Tomás de Aquino, tan rico, abundante y sugestivo como resulta ser tal pensamiento para esta época de angustia social. Es cierto que Tomás de Aquino es claro, nítido y preciso en la expresión de su pensamiento, pero también es cierto que resulta demasiado profundo para ser sencillo. Cuenta Chesterton que una señora cogió una vez en sus manos un libro de trozos selectos de Santo Tomás y llena de entusiasmo comenzó a leer un párrafo que llevaba el inocente título de “La Simplicidad de Dios”. Al poco tiempo dejó caer el libro y exclamó: “Vaya! Si esa es la simplicidad de Dios no se yo cuál será su complejidad” (13).

Por lo dicho hasta ahora tal vez pueda barruntarse la importancia de la filosofía social Tomista para una cabal comprensión de las principales ciencias sociales particulares: ética social, derecho, economía política y antropología, tanto la social como la cultural o filosófica. Su importancia para el estudio del devenir humano, núcleo de la historia como ciencia social, parece estar también claramente implícita en el resumen anterior (14).

El Tomismo, además de sus postulados básicos en el campo de la filosofía social propiamente dicha (metafísica y ética) cuenta hoy con abundante material actualizado que complementa el conocimiento y vivifica la capacidad de acción.

Las Encíclicas Pontificias “Rerum Novarum” (León XIII, 1891), “Cuadragésimo Anno” (Pío XI, 1931), “Divini Redemptoris” (Pío XI, 1937), “Mater et Magistra” (Juan XXIII, 1961), “Pacem in Terris” (Juan XXIII, 1963), “Populorum Progressio” (Pablo VI, 1967) y los documentos del Concilio Vaticano II, trazan el autorizado derrotero axiológico, científico y teológico. También se ha hecho y se está haciendo en este siglo mucho trabajo serio y profundo de detallada elaboración y de avanzado ensayo, como por ejemplo en las Semanas Sociales de Francia, en los Códigos de Malinas —obras ya clásicas—, y en los trabajos de cientos de pensadores sociales de alto nivel académico, consagrados o que ahora se están consagrando en centros Tomistas como la Universidad de Lovaina en Bélgica, la Universidad de Friburgo en Suiza, la Universidad Católica de América en Washington y el Instituto Social León XIII de Madrid. En el Boletín Bibliográfico Tomista se viene ofreciendo desde hace varias décadas un promedio anual superior a los 500 libros nuevos de referencia y se vienen publicando no menos de 25 revistas periódicas especializadas (15).

13) — G. K. Chesterton, op. cit., pág. 8.

14) — Fernando Uribe Restrepo: “Notas de Filosofía del Derecho”. U.P.B., en mimeógrafo, 1973.

15) — I. M. Bochenski: “La Filosofía Actual”. Fondo de Cultura Económica, México, 1962.

Bochenski, Leclercq, Johannes Messner, Rommen, Furfey, Utz, Donceel, Luypen, Ismael Quiles, Elías Díaz, Galán y Gutiérrez, Santiago Ramírez, Gallegos Rocafull y Juan Zaragueta, para citar sólo a unos cuantos, integran hoy la hueste Tomista de que hablara el Padre Henao Botero hace 43 años cuando decía de Santo Tomás que no era un hombre sino un ejército. Muertos están los capitanes, Jacques Maritain y Gabriel Marcel, en el año pasado, pero es seguro que los caminos que abrieron para el Tomismo podrán ser transitados con provecho por la inteligencia, por muchos años más (16).

Sólo me resta como estudiante de la Universidad Pontificia Bolivariana, recordar con agradecimiento a mis maestros Tomistas, Félix Henao Botero, Emilio Botero Ramos, Cayetano Betancur, Abel y Javier Naranjo Villegas y Enrique Giraldo Zuluaga.

16) — Cfr. *Fernando Uribe Restrepo: Bibliografía, op cit.*